9

EL GOZO DE LA OBEDIENCIA

El tema de la obediencia es muy similar al tema de la abnegación. Sin embargo, el tema de la obediencia gozosa es tan importante que deseo dedicarle un capítulo entero.

Comenzaré este capítulo con una cita muy significativa del espíritu de profecía:

> "El hombre que trata de guardar los mandamientos de Dios solamente por un sentido de obligación —porque se le exige que lo haga— nunca sentirá el gozo de la obediencia. Él no obedece. Cuando los requerimientos de Dios son considerados como una carga porque se oponen a la inclinación humana, podemos saber que la vida no es una vida cristiana. La verdadera obediencia es el resultado de la obra efectuada por un principio implantado dentro".[1]

Si los cristianos adventistas del séptimo día verdaderamente creyeran esto, se corregirían la mayoría de las divergencias en relación con la vida de fe. El punto significativo es

éste: Los verdaderos cristianos se esfuerzan en hacer la voluntad del Señor porque *verdaderamente anhelan* hacerlo; *verdaderamente anhelan* complacerlo, al igual que una novia enamorada de su novio. Esto es lo que significa nacer de nuevo. Esto es lo que significa estar convertido. Esto es lo que significa tener a Jesús en tu corazón.

Ahora bien, las preguntas obvias que surgen son éstas: ¿Qué pasa si *no* deseo hacer la voluntad del Señor? ¿Qué pasa si *no* deseo agradarlo? ¿Qué pasa si sus requerimientos *son* considerados una carga porque van en contra de mi inclinación? ¿Qué ocurre entonces?

Una cosa es cierta: Si te sientes compelido a hacer las preguntas anteriores, no has entrado todavía en el gozo de la obediencia, y por lo tanto tu vida no es una vida *cristiana*. Por favor comprende que esto es lo que la profetisa del Señor dice: Tu vida no es una vida *cristiana*.

Claro está, tiene *sentido* que tu vida no sea una vida cristiana, porque una vida cristiana es simplemente una vida en la cual Cristo *vive*, y si tu inclinación no es hacer la voluntad del Señor, obviamente Cristo no vive en ti. ¿Lo ves?

Así que, ¿qué debieras hacer? Espero que esté claro que lo que *no* debes hacer es tratar de ser más obediente exteriormente, porque lo que necesitas no es la obediencia externa sino el *gozo* de la obediencia.

¿Y cómo se obtiene esto? Al igual que todas las otras cosas en la vida de fe, reclamándola en Cristo.

Ahora bien, lo que descubrirás cuando reclames este gozo en Cristo es que el Señor te *elevará* hasta ese gozo. No te abatirá porque Cristo ya ha cargado todo ese castigo por ti. Repito: El Señor te *elevará*. Te *elevará* a su gozo.

Ahora bien, *¿cómo* te elevará el Señor a su gozo? Una cosa es prácticamente cierta: Los medios que utilizará estarán *dentro* de la comunidad de los creyentes, *dentro* del cuerpo de Cristo. En otras palabras, el Señor abrirá una puerta (o va-

rias) para que te involucres en un grupo de oración o de estudio de la Biblia, o en un ministerio local; *algo* dentro del cuerpo de Cristo. Entonces cosecharás el gozo de esta participación; un gozo puro y santo. Y este gozo se convertirá, como dice la Biblia, en tu fortaleza (ver Neh. 8:10). Descubrirás que ya no necesitas obligarte a hacer la voluntad del Señor; por el contrario, cumplir sus mandatos llegará a ser tu comida y tu bebida. Se transformará en aquello que te nutre y sostiene, y no pensarías en dejar de involucrarte en la voluntad bendita del Señor así como no lo harías en dejar de comer o beber. También encontrarás reposo en la voluntad del Señor, y este reposo será el más dulce que hayas conocido, un descanso que continuamente refresca y renueva.

Ahora bien, el único obstáculo para que todo esto ocurra es tu predisposición a sentirte avergonzado del compañerismo con el Señor Jesús. Este tema de la vergüenza por cierto es delicado, pero no hay duda en mi mente de que todos nosotros debemos reconocer, abierta y honestamente, su presencia dentro de nosotros. Es decir, que todos debemos llegar al punto de ser capaces de confesar abierta y honestamente esta vergüenza del Señor Jesús que es bastante natural en nuestros corazones pecadores; porque si nos negamos a hacerlo, al igual que el Pedro no convertido, ciertamente negaremos a nuestro Señor cuando el desprecio y el vituperio del mundo recaiga sobre nosotros, y al hacerlo, nos perderemos las bendiciones y el gozo que únicamente provienen del compañerismo con su cuerpo. (Explicaré este concepto de la vergüenza adicionalmente en el próximo capítulo.)

Aquel que fielmente obedece está permanentemente deleitándose en la bendita voluntad de Dios. Puede efectivamente hacer cosas que el mundo consideraría duras o arduas, pero se siente *impelido* a hacerlas. Está movido por el mismo poder de la omnipotencia, y no pensaría en dejar de hacer la voluntad del Señor, así como no pensaría en dejar de salvar a

su amado cónyuge de la embestida de un tren.

Considera por un momento a un hombre que se encuentra en la encrucijada de tener que salvar a su amada esposa (o hijo) de la embestida de un tren. Tal persona puede efectivamente tener que esforzarse. Tal vez tenga que extremar el esfuerzo. Tal vez hasta tenga que arriesgar su propia vida. Sin embargo, cuando un acontecimiento tal ocurre, no se detiene a medir las consecuencias; por el contrario, simplemente *responde* ante las circunstancias con determinación y energía. Cuando Cristo reine en ti por la fe, responderás a los impulsos divinos de la misma manera.

Podría escribir mucho más acerca de este tema de la obediencia gozosa, pero preferiría darle lugar a la profetisa del Señor en esta área. Espero que la siguiente selección de citas inspiradas te convenza de que todo lo que sea menos que una obediencia gozosa y sincera es una de las señales más claras de que algo anda muy mal en tu profesión de fe.

> "No debemos confiar absolutamente en nosotros mismos ni en nuestras buenas obras. Sin embargo, cuando vamos a Cristo como seres falibles y pecaminosos, podemos hallar descanso en su amor. Dios aceptará a cada uno que acude a él confiando plenamente en los méritos de un Salvador crucificado. *El amor surge del corazón*. Puede no haber un éxtasis de sentimientos, pero hay una confianza pacífica permanente. *Toda carga se hace liviana*, pues es fácil el yugo que impone Cristo. *El deber se convierte en una delicia*, y *el sacrificio en un placer*. La senda que antes parecía envuelta en tinieblas se hace *brillante* con los rayos del Sol de Justicia. *Esto* es caminar en la luz como Cristo está en la luz".[2]

> 'Mirando a Jesús obtenemos vislumbres más claras y

distintas de Dios, y por la contemplación somos transformados. La bondad, el amor por nuestros semejantes, llega a ser nuestro *instinto natural*".[3]

"Toda verdadera obediencia proviene del *corazón*. La de Cristo procedía del corazón. Y si nosotros consentimos, se identificará de tal manera con nuestros pensamientos y fines, amoldará de tal manera nuestro corazón y mente en conformidad con su voluntad, que cuando le obedezcamos estaremos tan sólo ejecutando *nuestros propios impulsos*. La voluntad, refinada y santificada, hallará su *más alto deleite* en servirle".[4]

Y bien, ¿qué tiene para decir la Palabra de Dios acerca de la obediencia gozosa?

En primer lugar, consideremos al apóstol Pablo. En el sexto capítulo de su segunda carta a los Corintios, escribe una crónica de algunas de las muchas clases de sufrimiento que había padecido por causa del evangelio. Dice haber estado "en tribulaciones, en necesidades, en angustias, en azotes, en cárceles, en tumultos, en trabajos, en desvelos, en ayunos" (2 Cor. 6:4, 5). ¿Lo entristeció todo esto a Pablo? Bueno, sí, a veces. Pero presta atención a lo que dice: "Entristecidos, más *siempre gozosos*" (2 Cor. 6:10). Sí, gozoso. Esto es lo que dice la Palabra de Dios acerca de la experiencia de Pablo. Ciertamente, cualquiera que cree que este apóstol ejemplar soportó todos sus sufrimientos por causa de Cristo sin gozo, desconoce la esencia y la realidad de la vida cristiana. En efecto, Pablo mismo, después de enunciar la cualidad central del amor como el primer fruto del Espíritu, inmediatamente enuncia el *gozo* como el segundo (ver Gál. 5:22).

También el salmista dice:

El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado, y tu ley está en medio de mi corazón (Sal. 40:8).

Se podría argumentar que este pasaje está describiendo al Señor Jesús, y por supuesto, lo está. Pero siempre debemos recordar que el poderoso Señor Jesús es plenamente *nuestro* por la fe. Por lo tanto, cuando viva en nosotros por su Espíritu, *nosotros también* nos deleitaremos en hacer la voluntad del Señor, porque su ley estará escrita en *nuestros* corazones (ver Heb. 8:10).

Espero que no te conformes con algo que no sea una vida de gozosa obediencia, porque si lo haces, estarás conformándote con algo menos que ser cristiano. Si no estás actualmente experimentando el gozo del Señor, pídele al Espíritu Santo que te revele el motivo. Lo hará. Y cuando lo haga, debes estar dispuesto a aceptar la responsabilidad de todo aquello que te traiga a la memoria. Además, debes estar dispuesto a confesar humildemente cualquier tendencia pecaminosa que salga a luz. Si *no* te sientes dispuesto a aceptar cualquier responsabilidad o a confesar cualquier pecado, entonces confiesa *eso.* Confiesa tu falta de disposición. La clave para la victoria en esta área (al igual que en cualquier otra) es simplemente reconocer la verdad y clamar al Señor por liberación. Él te saldrá al encuentro donde estés. Y no cesará de trabajar hasta que te haya elevado a la plenitud de su vida abundante.

Lo único que impedirá este proceso es tu carne pecaminosa y, por supuesto, esta carne pecaminosa "nos asedia" (Heb. 12:1). Si temes estar demasiado descarriado y pervertido como para ser elevado al gozo del Señor porque tu carne pecaminosa ciertamente impediría esta obra bendita, entonces confiesa *eso.* En otras palabras, confiésale al Señor que te gustaría que te elevara a su gozo, pero que te conoces demasiado bien, y por lo tanto sabes que seguramente lo resistirás a cada paso y por lo tanto frustrarás su hermoso y bendito plan para

tu vida. Solamente confiesa eso. Entonces clama por liberación. Pronto descubrirás que el Señor es capaz de elevarte aún por encima de los clamores aparentemente incontrolables de tu carne pecaminosa.

¿Dudas que el Señor pueda hacer todo esto por ti? Si es así, confiesa *eso*. Nuevamente, el Señor saldrá a tu encuentro donde estés. No hay nada que Satanás quiera más que convencerte de que no puedes recibir el gozo del Señor. Quiere que creas que la obediencia al Señor siempre será un trabajo penoso y monótono para un pecador como tú. Nada podría estar más lejos de la verdad. El Señor te alcanzará allí donde te encuentres, y con su ayuda, ciertamente experimentarás la bendición de una vida de obediencia. Descubrirás *personalmente* que una vida tal es una vida de alegría y reposo, una vida de gozo y paz.

Podría escribir mucho más acerca de la obediencia gozosa. Sin duda no puedes continuar dudando de que esta es la voluntad de Dios para ti, ¿verdad? Si lo haces, continuarás viviendo una vida de triste servidumbre, y al igual que el hermano mayor de la parábola del hijo pródigo, te enojarás y resentirás cada vez que veas que el Padre da su plenitud gozosa a un pecador redimido (ver Luc. 15:28). Tú, al igual que el hermano mayor de esta parábola, debes comprender que *todo* lo que el Padre tiene es tuyo (ver el v. 31), y que *ahora mismo* puedes reclamar la plenitud de su gozo en tu servicio. Verdaderamente el Padre no estará satisfecho hasta que tú, al igual que David, hayas bebido profundamente en la fuente de sus bendiciones y puedas sinceramente exclamar: "Mi copa está rebosando" (Sal. 23:5).

Confía en que el Omnipotente te elevará hasta su gozo. (Y si sientes que *no puedes* confiar en él, ¡confiesa *eso*!)

Pero gracias a Dios, que aunque erais esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón a aquella for-

ma de doctrina a la cual fuisteis entregados (Rom. 6:17).

ALABADO SEA EL SEÑOR

Referencias:

[1] Elena G. de White, *Palabras de vida del gran Maestro* (Buenos Aires: Asociación Casa Editora Sudamericana, 1977), p. 70.

[2] ______. *Mensajes selectos* (Mountain View, Calif.: Publicaciones Interamericanas, 1977), t. 1, p. 415; la cursiva es mía.

[3] ______. *Palabras de vida del gran Maestro*, p. 289; la cursiva es mía.

[4] ______. *El Deseado de todas las gentes*, p. 621; la cursiva es mía.

10

LA LEY Y EL EVANGELIO

En el capítulo anterior mencioné que el único obstáculo que podría impedir que uno sea elevado al gozo del Señor Jesús es sentirnos avergonzados de él, predisposición que existe por naturaleza en nuestros corazones pecaminosos. Quisiera a continuación desarrollar más plenamente este tema ya que creo que es un aspecto de crucial importancia en la senda del cristiano.

En primer lugar, para darle a esta discusión una base bíblica, busca el segundo capítulo del libro de Gálatas. Aquí encontramos a Pedro y Bernabé siendo condenados en relación con el evangelio. Creo que todos entendemos lo que significa ser condenados por la ley: equivale a quebrantar uno de los Diez Mandamientos. Generalmente pensamos de la misma manera acerca de la condenación en relación al evangelio, pero aquí se condena a Pedro y Bernabé no por quebrantar un mandamiento específico (aunque como siempre, uno podría seguramente encontrar alguno que se aplicara), sino por negarse a confraternizar con los gentiles creyentes de Antioquía. El apóstol Pablo escribe bajo la inspiración, que un acto

tal por parte de ellos significaba que "no andaban rectamente conforme a la verdad del evangelio" y por lo tanto eran "de condenar" (Gál. 2:14, 11).

Aquí encontramos una de las pruebas más difíciles para el cristiano: ¿Permitirás que se te identifique con el Señor Jesús y con su cuerpo? La victoria que el Omnipotente nos ofrece gratuitamente se encuentra aquí, y en ninguna otra parte. Por lo tanto si tú y yo anhelamos obtener *posesión* de esa victoria, debemos permitir que se nos identifique con el cuerpo del Señor, y debemos permitir que esta identificación ocurra en un mundo que odia al Señor y a todo lo que él representa.

Si examinas el registro del segundo capítulo de Gálatas, verás que los individuos a quienes temía Pedro eran "los de la circuncisión" (Gál. 2:12). En otras palabras, Pedro se retrajo de confraternizar con los creyentes gentiles incircuncisos porque temía a los judíos que creían que todos debían ser circuncidados. La circuncisión era la señal externa de consagración al Señor en una entrega de pacto, y los judíos habían llegado a considerar su participación en este ritual como una virtual garantía de su correcta posición ante Dios y por lo tanto como una seguridad del favor de él. Sin embargo la verdadera necesidad en esta relación de pacto (como lo señala el apóstol Pablo) era interior, no exterior. Es decir que la verdadera necesidad era una conversión espiritual, la recepción del poder regenerador del Espíritu Santo. En resumen, la verdadera necesidad era la circuncisión del corazón (Deut. 30:6).

No es judío el que lo es exteriormente, ni es la circuncisión la que se hace exteriormente en la carne; sino que es judío el que lo es en lo interior, y la circuncisión es la del corazón, en espíritu, no en letra (Rom. 2:28, 29).

Así como los judíos del tiempo de nuestro Señor se con-

centraban en las formas externas en vez de en la condición interior de su corazón, lo mismo hacemos nosotros. Es realmente bastante fácil caer en un estilo de vida cristiano en el que uno es bastante recto exteriormente pero interiormente tan resistente al Señor y a su Espíritu como el más vil de los pecadores. Por supuesto, este tipo de experiencia "cristiana" meramente alimenta nuestro orgullo pecaminoso e impide eficazmente que reconozcamos nuestra profunda necesidad de la gracia sanadora del Señor. También nos permite aferrarnos a nuestra vergüenza del Señor Jesucristo ya que nuestra preocupación por las formas externas de la religión generalmente da por resultado una vida de gran ocupación religiosa que nos aísla eficazmente de tener que enfrentarnos cara a cara con esto. Desafortunadamente, sin embargo, generalmente somos incapaces de detectar cuándo estamos en este estado legalista, porque nuestro corazón es verdaderamente "engañoso... más que todas las cosas, y perverso" (Jer. 17:9). El punto importante para nuestro propósito presente es éste: La Biblia muestra claramente que quienes se aferran a las formas externas de la religión y no confiesan abierta y honestamente su necesidad de Cristo se hallan condenados en relación al evangelio de la gracia.

Ahora bien, ciertamente podría escribir mucho acerca de mi propio enredo en esta condición legalista y autosuficiente, pero en vez de eso continuaré con esta discusión sobre la ley y el evangelio.

Como ya he mencionado, la prueba para ti o para mí no equivaldrá a tener que guardar la ley de Dios, porque nuestro Señor Jesús ya ha pasado esa prueba, y la Biblia es bien clara en que su vida de perfecta obediencia y sumisión se nos otorga gratuitamente como un regalo. Por esta razón, la ley, como tal, queda fuera de la ecuación de la salvación. No quiero decir con esto que los creyentes en el Señor no debieran ser guardadores de los mandamientos, porque debiéramos serlo

(ver 1 Juan 2:4;5:3). Meramente intento señalar que la observancia de los mandamientos es simplemente el fruto y no la raíz de nuestra salvación. En otras palabras, la base para nuestra posición ante Dios, como así también nuestra experiencia de salvación, no es la ley o nuestra observancia de ella, sino más bien la obra consumada de nuestro Señor Jesucristo. Esta es una verdad tan simple, y sin embargo tan importante y poderosa. También es una que muy fácilmente pasamos por alto en nuestra vida diaria. Francamente, no tengo dudas de que a menudo miramos más allá de esta verdad poderosa, y al hacerlo, perdemos de vista la plenitud de la victoria de Cristo en favor de nosotros; de esa manera, obtenemos una idea completamente equivocada acerca de la mecánica de la salvación. En resumen, comenzamos a concentrarnos en la ley y en nuestra observancia de la ley en vez de centrarnos en el Señor, y olvidamos que las palabras de Pablo dirigidas a los judíos llenos de justicia propia de su época se aplican con igual fuerza a nosotros: "Tú que te jactas de la ley, ¿con infracción de la ley deshonras a Dios?" (Rom. 2:23).

Entiende que, debido a que se nos ofrece gratuitamente a Cristo como regalo, no necesitamos concentrarnos en la ley aparte de él. Vale decir que no necesitamos enfocarnos en la ley de manera impersonal o abstracta, porque si uno ha quedado convencido de pecado y por consiguiente ha sido atraído a Cristo como la única esperanza de salvación, la *función* primaria de la ley se ha cumplido (ver Rom. 3:20 y Gál. 3:24). Continúa siendo importante en la senda cristiana, por supuesto, pero únicamente como un "custodio" o "ayo" que continúa conduciéndonos a Cristo para que podamos ser justificados por la fe (Gál. 3:24). El punto principal, creo, es éste: Todos debemos comprender que la ley fue dada para refrenar y convencer al viejo hombre de pecado, no para el crecimiento y la nutrición de la nueva creación en Cristo.

Creo que se puede llevar este punto un paso más adelan-

te. Vale decir que creo que cualquiera que se centra en la ley y en el cumplimiento de la ley separado de su cumplimiento en Cristo, al igual que los judíos de la circuncisión, no ha abrazado plenamente la verdad del evangelio. En resumen, creo que esa persona no tiene una experiencia viviente con Cristo como su Salvador del pecado, porque si la tuviera, se centraría en él, y estaría tratando de compartir con otros la paz y el amor que nuestro Señor le ha dado. Huelga decir que es la mancha de arrogancia y orgullo en nuestro corazón pecaminoso lo que nos impide experimentar el gozo de la salvación. Un orgullo tal desea ser independiente de cualquier autoridad superior, aún si esa autoridad es el mismo Creador y Redentor. Si nos rendimos al dominio de este orgullo pecaminoso, naturalmente nos avergonzamos de Aquel que pudo vivir una vida de perfecta dependencia y sumisión moral, y por lo tanto nos perdemos la bendición que reciben aquellos que no hallan tropiezo en él (Mat. 11:6).

Espero que comprendas que la principal fuente de dolor y frustración para el creyente que ha nacido de nuevo no es que los individuos se resistan a las demandas de la ley; más bien su principal fuente de dolor y frustración es que los individuos se resistan al evangelio de Cristo. En otras palabras, quienes han nacido en el poder vivificante y en la gracia salvadora del evangelio se sienten dolidos y entristecidos mayormente al ver a quienes el Señor ama, resistiendo la misericordia y la gracia que puede plenamente restaurarlos y renovarlos a su imagen.

¿No sientes esta frustración? ¿No experimentas tristeza y exasperación al hablar acerca del Salvador a quienes se han vuelto desdichados y miserables por el pecado, cuando ellos dicen: "No gracias; me las arreglo solo"?

El verdadero asunto en este tema de la ley, el evangelio y la vergüenza por causa de Jesús que existe en nuestros corazones pecaminosos, puede verse claramente en la respuesta de

los judíos al sufrimiento de nuestro Salvador en el Calvario. Allí vemos a los judíos llenos de justicia propia (aquellos que se aferraban a las formas externas de religión con sus detalles rígidos) contemplando al Salvador crucificado (a Aquel que no era partícipe de tal hipocresía, y que se juntaba con el común de la gente con perfecta libertad y comodidad). Los judíos dijeron: "Si es el Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, y creeremos en él" (Mat. 27:42). Esta es la actitud del mundo hacia nuestro Señor. Si descendiera de la cruz y se convirtiera en el rey de reyes del cual el mundo siente que es merecedor (uno que posea una forma exterior digna y un modo de ser pomposo), entonces creería. Pero ver a un Hombre que pretende ser Dios pendiente de una cruz implica ser convencido de pecado, y la convicción de pecado es lo último que le interesa a este mundo que quiere pretender que todo está bien. Es mucho más fácil arrojar la vergüenza propia sobre el perfecto Cordero de Dios que enfrentarla como hombre y postrarse al pie de la cruz con confesión y arrepentimiento.

No dudo de que la prueba para ti y para mí será la de permitir que se nos identifique con el cuerpo de creyentes que proclaman la autoridad de un Señor crucificado y resucitado en un mundo que lo trata como el perfecto chivo expiatorio de sus propios pecados.

Siguiendo con esta idea de proclamar en este mundo la autoridad de un Señor crucificado y resucitado, pienso que es justo decir que la mayoría de nosotros considera que la aplicación personal de esta proclamación es nuestro "testimonio". En otras palabras, cuando *proclamo* la autoridad de un Señor crucificado y resucitado, cuando *cuento* lo que ha hecho por mí en mi vida, estoy, en resumen, dando mi testimonio. Esto parece correcto, ¿verdad?

La Biblia habla de aquellos que vencieron al diablo, y la inspiración revela que lo hicieron "por medio de la sangre del

Cordero y de la palabra del testimonio de ellos" (Apoc. 12:11).

La parte de esta victoria que es por la "sangre del Cordero" fue obviamente obtenida por Cristo, y es esto, por supuesto, lo que abre la puerta para que entremos en un compañerismo gozoso con el Padre y el Hijo a través de una simple confesión de nuestra necesidad. La única parte que nos queda a nosotros es "la palabra del testimonio de ellos". El punto significativo, pienso, es éste: Si tan sólo consentimos en dejar de centrarnos en nuestra propia experiencia con todas sus luchas y pruebas, y consentimos en dar testimonio de la experiencia de nuestro Señor Jesucristo (proclamar su autoridad en este mundo de pecado y muerte), nos veremos elevados por encima de las perplejidades y de la esclavitud de nuestras propias vidas, a la victoria gloriosa que debiera ser únicamente de él. Él ya ha ganado la victoria sobre todo pecado y tentación, y cuando sencillamente aceptamos su palabra en esta área y actuamos basados en esta verdad proclamando a este mundo atado al pecado su victoria en nuestro favor (independientemente del testimonio actual de nuestra propia experiencia), descubriremos invariablemente que su victoria es nuestra.

Podría escribir tanto acerca de cuán importante ha sido esta área de testificación en mi propia experiencia, y me faltarían palabras para decirte cuán agradecido estoy por el denodado testimonio que creo que el Señor me ha dado en favor de su Hijo. Verdaderamente no tengo dudas de que es este testimonio, probablemente más que cualquier otra cosa, lo que me ha dado el grado actual de victoria sobre el pecado y el diablo.

Espero que entiendas que si estás actualmente luchando con algún pecado largamente acariciado en tu vida, el verdadero asunto puede no tener nada que ver con obtener un mayor discernimiento acerca del pecado mismo (esto podría ser simplemente el lugar donde el maligno mantiene centrada tu

atención para que no procures obtener la realidad de la victoria en Cristo). Por el contrario, el verdadero punto en cuestión podría estar en obtener un mayor discernimiento acerca de por qué estás avergonzado del Señor Jesucristo y por lo tanto no testificas para su gloria. (Escribo esto como quien ha tenido que sondear las profundidades en esta área en su propio corazón pecaminoso, y quien continúa teniendo que hacerlo en algunas ocasiones.) Si tienes dudas en cuanto a la veracidad de lo que estoy escribiendo, haz lo siguiente: Niégate a sostener una lucha más severa en contra del pecado en tu vida, y en cambio, simplemente confiésale al Señor que estás avergonzado de su Hijo y pídele que te revele las razones de esto y que te dé un testimonio denodado por Cristo. Observa si las cosas no comienzan a cambiar en tu propia vida. Te puedo asegurar que el poderoso Señor Jesús no tiene ningún deseo de que estés atado por el pecado y por el diablo, y si tan sólo confías en que el Padre te dará un testimonio denodado por su Hijo, su propia palabra garantiza que encontrarás liberación.

Lo garantiza.

Ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos (Apoc. 12:11).

Así que la verdadera cuestión en tu salvación o la mía no es estar luchando con esta o aquella tentación o conflicto interior, porque las luchas en este nivel reflejan a un individuo absorto en sí mismo que se niega a mirar al Señor para ser salvo. Más bien el verdadero asunto es sencillamente éste: ¿Testificarás por el Señor Jesucristo?

¿Lo harás?

Te puedo asegurar que si haces tan sólo eso, inmediatamente comenzarás a obtener la realidad de su vida victoriosa en tu propia senda cristiana.

A cualquiera... que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos. Y a cualquiera que me niegue delante de los hombres, yo también le negaré delante de mi Padre que está en los cielos (Mat. 10:32, 33).

Porque el que se avergonzare de mí y de mis palabras en esta generación adúltera y pecadora, el Hijo del Hombre se avergonzará también de él, cuando venga en la gloria de su Padre con los santos ángeles (Mar. 8:38).

Confía en que el Señor te dará un testimonio denodado en esta área tan importante. Y recuerda: Si tu corazón pecador te condena cuando comiences a dar testimonio de nuestro Salvador delante de este mundo que ama el pecado (como lo hizo el mío cuando comencé a hacerlo), comprende que el Señor aún así acepta tu testimonio delante de los hombres y es honrado por el mismo, porque su Palabra dice:

Si nuestro corazón nos reprende, mayor que nuestro corazón es Dios, y él sabe todas las cosas (1 Juan 3:20).

En otras palabras, si estás dando testimonio del Señor Jesucristo en un intento consciente y deliberado de engañar al Padre y al Hijo, el Señor es capaz de leer esta intención de tu corazón, y por supuesto, se apartará de un testimonio tan mentiroso. Pero si reconoces que el poderoso Señor Jesús verdaderamente es tu única esperanza de salvación, y si sinceramente deseas honrarlo a pesar de que tu corazón está colmado de contaminación, hipocresía e incredulidad, puedes obrar basado en este justo impulso del Señor y saber que él lo acepta aunque el maligno te esté condenando todo el tiem-

po y llamándote un hipócrita mentiroso.

Como punto final, quisiera recordarte esto: El Señor Jesús, por el gozo puesto delante de él, sufrió la cruz, menospreciando el oprobio (ver Heb. 12:2). Nosotros debemos hacer lo mismo. Vale decir, debemos menospreciar la vergüenza de la cruz de Cristo que existe naturalmente en nuestros corazones. Y si tan sólo confiesas abierta y honestamente esta vergüenza al Señor, él te hará odiarla. (Creo que esto está implícito en la promesa de Gén. 3:15.) También te dará un testimonio denodado por su Hijo. De este modo, te encontrarás proclamando el nombre del Señor Jesucristo, y de la misma manera te verás permaneciendo en su victoria y en su gozo.

ALABADO SEA EL SEÑOR